Contribución al estudio de las causas de la decadencia española bajo los Austrias

Una medida administrativa de los Habsburgos españoles

REAL CARTA DE VENTA Y PRIVILEGIO DEL REY D. FELIPE III A LA CIUDAD DE LOGROÑO

(Transcripción del texto original, inédito, y comentario del mismo)

III

Como puede verse, el documento que antecede (1), además de tener importancia jurídica para el conocimiento de la organización municipal de Logroño, es un notabilísimo ejemplo del estado y de la marcha de la Hacienda española bajo los Austrias, cuyo gran pecado—como antes dije—fué el de carecer en absoluto de dotes hacendísticas. Y a los errores económicos de los Reyes, unidos con los defectos del mismo orden, propios del pueblo español y fomentados por la expansión colonial, debe atribuirse—más que a otras causas—la decadencia española.

El cargo principal que suele hacerse a los Reyes austriacos es el de haber lanzado a España por el desatentado camino de una política quijotesca, o—como la llama Sellés—*de capa y espada*, que malgastó la sangre y la riqueza de la nación en empresas estériles y ajenas a los verdaderos intereses patrios, a consecuencia de las cuales y de sus abrumadores gastos, sobrevino la decadencia general y el agotamiento económico del Reino. Y ante esta afirmación ocurre preguntar: ¿fueron verdaderamente ajenas a los intereses españoles, y estériles en sus resultados aquellas empresas?

Para contestar a esta pregunta en su primera parte, basta con que nos fijemos en las causas de las guerras que sostuvieron los soberanos

(1) Véanse las dos primeras partes de este trabajo, en los números I, II y III del año 5.° de la presente Revista.

austriacos. Estas causas se reducen a la rivalidad con Francia y la lucha religiosa, y ambas tan estrechamente enlazadas que en muchos casos se refunden en la primera; pues el Rey Cristianísimo, mientras temió a España, (o sea hasta la paz de los Pirineos), no tuvo el menor escrúpulo en subordinar sus deberes religiosos a los políticos. Así es que casi todas nuestras guerras de los siglos XVI y XVII son, mediata o inmediatamente episodios del incesante duelo a muerte con la Monarquía transpirenáica. Ella intervino de una manera, más o menos directa, pero siempre funesta para nosotros, en las guerras de los Países Bajos; ella nos disputó Italia y suscitó constantemente obstáculos a la dominación española, cuando la vió establecida en la Península de los Apeninos; ella fué la que decidió el resultado de la guerra de los Treinta Años. Y no creo que se pueda llamar quijotismo austriaco a la guerra con Francia, la cual sabemos muy bien que era cuestión de vida o muerte para España, y que no fué planteada por Carlos V, ni por los Reyes Católicos, sino que arrancaba de muy antiguo, desde Pedro III de Aragón, y era la herencia forzosa que la monarquía aragonesa aportó a la española.

Fuera de las guerras con Francia, las demás europeas fueron motivadas por la lucha religiosa y las obligaciones que imponía a España su condición de primera potencia católica. Los casos menos justificados son la intervención de las tropas españolas en la defensa de Viena contra Solimán II, y en la campaña del Elba contra los Protestantes; pero aun en estos casos, además de que nunca repugnó a España el pelear con musulmanes y herejes, y que por esta cualidad de los combatidos entran esas guerras en la categoría general de las de defensa del Catolicismo, además de esa razón que por sí sola basta para justificar la intervención de España, ténganse también en cuenta las veces que se derramó sangre alemana en defensa de derechos españoles, y se comprenderá que sólo se trataba de una mutua correspondencia, emanada de la comunidad de Soberano. Menos obligado estaba Luis XIV, y sin embargo, creyó que era deber suyo, como gran príncipe católico y como defensor de la cultura europea, el mandar al emperador Leopoldo I ostentosos auxilios para la batalla de San Gotardo.

En cuanto a las guerras de Holanda y de Flandes se suele inculpar como primer causante, a Carlos V, por haber unido *indebidamente* —según dicen—los dominios borgoñones con la monarquía española; pero, en realidad, no fué sino muy natural y muy política la conducta del César; porque, en primer lugar, él miraba a Flandes—y en general a los Estados borgoñones—como su casa solariega, y forzosamente había de legarla a su primogénito y unigénito legítimo; y en segundo lugar,

porque el Emperador creyó, con razón, que era un gran bien para España el que Francia, su enemiga tradicional y más temible, quedase rodeada por un círculo de posesiones españolas.

Lo que más ha sido tachado de aventurero es la intervención de nuestra patria en la guerra de los Treinta Años. Y es que no se aprecia —a parte de la política de familia, que entonces pesaba mucho por sí sola, aunque a nuestros ojos nada justifique— la razón fundamental antes indicada, el papel que desempeñaba España en la Europa católica, en aquella época en que las ideas religiosas movían a todos los gobiernos, por más que no estuviesen siempre en los corazones. España intervino en la gran guerra alemana con igual y aun mayor razón que Dinamarca y Suecia, y—sin duda alguna—con más recta política que Francia.

La misma Inglaterra, que jamás ha pecado de quijotismo, protegió, en tiempo de su gran reina Isabel, a los protestantes de todo el mundo, con perfecta razón y derecho; y si los Estuardos no hicieron igual en la guerra de los Treinta Años, fué porque se lo impidieron cuestiones interiores, sin contar con su carácter. Y no es justo que lo mismo que se aprueba y alaba en la hija de Ana Bolena, se reprenda como una falta en Felipe III y Felipe IV. Además, en la guerra de los Treinta Años iba envuelta la cuestión de Holanda, y tanto como que en el tratado de Münster se reconoció su independencia. Y finalmente, la guerra en cuestión fué también para nosotros —según ya antes indiqué— una fase de la lucha con Francia, solapada al principio, mientras Richelieu no tuvo fuerzas para pelear directamente, y se limitó a lanzar, uno tras otro, varios campeones contra los Habsburgos; y franca en el cuarto período, cuando yá el Cardenal de Estado se sintió capaz de arrojar la máscara.

Fuera de las guerras citadas, y de las sostenidas con Inglaterra, que obedecieron asimismo, como sabemos, a causas religiosas principalmente, las demás guerras sostenidas por los Austrias—anexión de Portugal, lucha con Turcos y Berberiscos, y expansión colonial por América y Oceanía— nunca han podido ser motejadas de imprudentes ni antipatrióticas, pues responden fielmente a la política tradicional de España, y a las exigencias de los nuevos descubrimientos.

¿Fueron estériles todas estas empresas? En el orden religioso, responde a esta pregunta el catolicismo conservado en España, Italia y Portugal, y restaurado en Bélgica, Francia y gran parte de Alemania. Y téngase en cuenta que, aun cuando a nuestros contemporáneos no satisfaría seguramente un tal provecho, puramente espiritual, no era así en los siglos XVI y XVII, en los que los intereses religiosos eran los que principalmente se debatían en luchas internacionales que hoy sólo versa-

rían sobre asuntos económicos o puramente políticos. En este orden, en el político, es cierto que la preponderancia española cayó a mediados del siglo XVII, al ser derrotados nuestros ejércitos; pero antes la habían mantenido siglo y medio con sus victorias, y los desastres subsiguientes no son más que azares de la fortuna por los que han pasado todos los pueblos belicosos, sin perjuicio de levantarse después más fuertes. Si en nuestra patria el hundimiento ha tenido, desgraciadamente, carácter más definitivo, cúlpese, no a las derrotas, ni a la infecundidad e improcedencia de las guerras, sino a otro mal más hondo, al agotamiento del país. Pero este agotamiento, ¿fué producido por la guerra?; las guerras de los Austrias ¿causaron la ruina económica de España?

A esta pregunta, se puede contestar con otra: ¿ha sido España la nación que más guerras ha tenido, y más desastres ha sufrido en ellas? Seguramente que no. A las puertas tenemos el ejemplo de Francia que ha vivido hasta nuestros días en perpetuo estado de guerra, consiguiendo —es verdad—muchas veces, gloriosísimos triunfos; pero sufriendo también, en muchísimas ocasiones, espantosas derrotas. Y sin embargo, en vez de arruinarse y despoblarse, Francia ha ido ganando cada día en población y en prosperidad económica, a través de la anarquía y de las humillaciones de los Valois, de las rapiñas de Mazarino, de los costosos triunfos y las ruinosas derrotas de Luis XIV, del despilfarro del Gran Rey, de la Regencia y de Luis XV, del cataclismo financiero de la Revolución: y finalmente, en nuestro tiempo la hemos visto revivir, rica y pujante, después de pagar por indemnización de guerra la fabulosa suma de 5.000 millones de francos, encima de sus gastos militares y la pérdida de extensos territorios, y después de las convulsiones de la Commune que tan grave perjuicio causaron a la vida económica de París y a la de Francia, en general. Y nada digamos del río de sangre que han costado todas estas luchas, así las desgraciadas como las victoriosas; y sin embargo, la población francesa ha aumentado constantemente, con más o menos rapidez; y cuando en nuestros días este progreso ha disminuido de un modo alarmante, a nadie se le ha ocurrido culpar de ello a la guerra, sino a vicios privados y sociales que son mucho más mortíferos que la pólvora.

Más allá de Francia, tenemos los Países Bajos y Alemania, perpetuo campo de batalla de todas las naciones durante la Edad moderna y principios de la contemporánea; y a pesar de ello, Bélgica y Holanda tienen hoy la población más densa de Europa, y están ricas y florecientes; y Alemania, que a consecuencia de la guerra de los Treinta Años quedó despoblada y arruinada, y después—en vez de tranquilidad para reponerse de estos desastres—tuvo incesantes luchas durante el siglo

XVIII y gran parte del XIX, es hoy una potencia industrial y mercantil capaz de disputar el primer puesto a Inglaterra, y posee una población mucho más densa que la nuestra.

Aún más notable es el caso de Austria, siempre combatiendo, casi siempre derrotada, y sosteniendo—sin embargo—siempre su rango de gran potencia, a pesar de no tener un fuerte núcleo nacional en que se apoye su heterogénea y absurda entidad política.

Todavía podría decirse de estos países que, siendo más ricos que el nuestro en toda clase de recursos, han podido soportar mejor los contratiempos; aunque si fuéramos a medir los últimos también, veríamos que en todo nos llevan ventaja. Pero hay otro ejemplo más significativo, porque se trata de un Estado pequeño y pobre: Prusia en los comienzos de su vida, como reino. Esta monarquía militar, con 2 millones y medio de habitantes y poco más de 26.000.000 de pesetas de rentas, sostuvo, en tiempo de Federico-Guillermo I, un ejército permanente de 80.000 hombres; y en el reinado de Federico II, después de la fatal guerra de los Siete Años que dejó arrasado el país, y obligó a alistar hasta a los muchachos, elevó a 200.000 hombres su ejército permanente, y conservó su puesto de gran potencia. Más tarde la invasión napoleónica pareció que la borraba del mapa; y a pesar de ésto, sesenta años después se hacía dueña de Alemania en Sadowa, y el 71 se desquitaba cumplidamente en Versalles de las humillaciones de Tilsit. Hoy Prusia, con haber sostenido tan costosas guerras,—es la cabeza del Imperio Alemán, no sólo por el prestigio militar de sus ejércitos, sino también, y muy principalmente, por su ilustración y su riqueza. En España mismo vemos que el siglo en que más han aumentado la población y la riqueza privada, y ha habido un verdadero renacimiento intelectual, ha sido el XIX, el más agitado de nuestra historia, el de las constantes guerras civiles—las más fatales de todas—amén de las luchas exteriores que tampoco han escaseado.

Comparando las naciones antes citadas con la nuestra, a principios del s. XVI, ninguna a excepción de Bélgica—nos llevaba una ventaja económica suficiente para explicar la marcha que después han seguido. Holanda hizo su fortuna en el s. XVII, a costa, principalmente, de Portugal. Francia carecía de grandes industrias, y se surtía de Flandes, de Italia y de la misma España; y en cuanto al comercio internacional, el que enriquecía por aquel tiempo a Amberes y a Lisboa, tampoco lo ejercía. Alemania veía decaer irremediablemente a las ciudades hanseáticas, por la anarquía en que estaba sumido el Imperio. De Prusia, nada hay que decir, pues apenas si existía; y Austria sólo podía pensar en defenderse de los Turcos. En Italia, Génova y Venecia se veían arrui-

nadas por los triunfos de los Otomanos, y por la mudanza de las vías comerciales, producida por los descubrimientos geográficos de Portugueses y Españoles. De la actualmente opulenta Inglaterra, sabemos que—en aquel tiempo—no era el moderno pueblo de industriales y comerciantes, sino otro muy distinto, compuesto casi exclusivamente de pastores y agricultores. Sólo había dos ciudades de más de 100.000 habitantes, Londres y Bristol; y aun en éstas la mayoría de las casas estaban pobrísimamente amuebladas, y carecían de chimeneas, de modo que el humo salía como buenamente podía, por puertas y ventanas. Y esta falta de comodidades—signo patente de pobreza—duraba todavía en el reinado de Isabel.

España, en cambio, poseía entonces industrias muy florecientes en Barcelona, Valencia, Palma, Murcia, Sevilla, Córdoba, Toledo, Granada y otras ciudades. Los puertos catalanes, valencianos y mallorquines, en el Mediterráneo; Sevilla y Cádiz por el Atlántico, y los puertos vascos y Santander en el Cantábrico, sostenían—de antiguo—activísimo comercio; y la posición geográfica de la Península, así como sus dominios ultramarinos, le daban condiciones ventajosísimas para hacerse dueña del comercio moderno.

No cabe, pues, decir que las mayores energías que otros pueblos poseían a principios de la Edad Moderna, expliquen el que ellos hayan podido crecer y prosperar, a través de calamidades mayores que las que a nosotros nos han hundido.

La explicación de esta anomalía, hay que buscarla en otras causas más poderosas que las guerras. En primer lugar, entre estas causas, hay que poner el poco amor al trabajo y el desmedido espíritu soñador y aventurero de la raza española, defectos fomentados en parte—es verdad—por las guerras, pero más principalmente por las funestas ilusiones que despertaron los descubrimientos geográficos, haciendo que en vez de trabajar dentro de casa para lograr ser ricos y fuertes, como lo realizaron en aquel tiempo otras naciones, corriésemos durante siglos tras las engañosas cosechas de oro del Nuevo-Mundo. La colonización—entendida a la española—fué una sangría suelta que restó a nuestra patria sus mejores energías, no dándole, en cambio, más que un río de oro, el cual, no pudiendo estancarse en nuestro país, porque la industria, en decadencia, era incapaz de recogerlo, pasó, como por un acueducto, para beneficiar a las naciones productoras. El tipo del indiano, que no era el del colonizador inteligente y razonable que va a labrarse una fortuna con sus brazos, beneficiando al mismo tiempo al país colonizado, sino el del ambicioso que sueña en hacerse rico en poco tiempo, arrancando con ajenas fuerzas los metales preciosos de las entrañas de la

tierra, o cultivando, mediante grandes bandas de esclavos, los ricos productos tropicales, este tipo fué el ideal de los españoles durante varios siglos; y para realizarlo cruzaron los mares millones de hombres, a pesar de las trabas que el Estado ponía a la emigración. Y aquellos codiciosos privaban a España de las energías de su juventud, y si volvían—cosa bastante rara—era para hacer vida ostentosa e inútil de ociosos potentados. Al mismo tiempo, el comercio y la industria españoles, gozando de la dulce tranquilidad del monopolio en las Indias, se durmieron plácidamente; y mientras en otros países, aguijoneados por la necesidad y por la lucha, se perfeccionaban y se abrían nuevos horizontes, en España se estancaban, se enmohecían, seguían usando a fines del s. XVII los procedimientos del s. XV, y dominados por la pereza nacional, dejaron que las otras naciones les tomaran una delantera, difícil hoy de ganar.

Estas causas fundamentales de la decadencia española fueron agravadas—en vez de ser corregidas por la torpeza administrativa de los Austrias, defecto al que yá antes he aludido, y del cual es ejemplo el documento, motivo de este artículo.

No puede dudarse de que ese fué el mayor defecto de los Habsburgos, aun de los grandes genios de aquella dinastía. No se les puede reprochar su amor al absolutismo, ni su intolerancia religiosa, pues ambas tendencias eran generales y dominantes en su tiempo, ni tampoco pecaron por exceso de aficiones belicosas, porque sus guerras fueron justificadas; pero sí se les puede tachar de pésimos administradores, no sólo en el sentido de manejar malísimamente las rentas del Estado, sino también en el de no saber sanearlas y aumentarlas, mediante una hábil y discreta protección a la vida económica. Y como esta falta de dirección caía sobre un pueblo que necesitaba, más que ningún otro, ser educado y guiado en ese terreno, porque carecía—como sus monarcas—del sentido práctico de la vida, de aquí la fatal marcha de España. Francia que posee un pueblo de carácter muy distinto del nuestro, y que, además, no tenía—por fortuna suya el espejuelo de las riquezas ultramarinas, pudo salvar, sin la dirección de sus monarcas, la calamitosa época de las guerras religiosas, la terrible decadencia del Gran Rey, cuando sus ejércitos eran destrozados en la guerra de Sucesión y los lacayos de la Casa Real pedían limosna a las puertas de Versalles, las dilapidaciones de la Regencia y la catástrofe financiera de Law, el Parque de los Ciervos, con las privanzas de la Pompadour y la Dubarry, el desconcierto de la Revolución, los costosos esplendores de los dos Imperios, y la ruinosa caída del segundo (1); y en cuanto ha tenido la

(1) Además de las épocas indicadas, puede citarse como desastrosa, desde el

suerte de que la gobierne un Enrique IV con un Sully, o un Luis XIV con Colbert, la riqueza de la nación crecía de un modo maravilloso, y así podían restañarse las profundas heridas abiertas por las calamidades anteriores (1).

Los reyes austriacos carecieron de estos talentos, y ni siquiera tuvieron la habilidad de algunos Borbones que, reconociendo su incapacidad, más o menos completa, supieron rodearse de buenos ministros que honraron su propio nombre y el de sus soberanos. Carlos V y Felipe II, que no contaban entre sus grandes dotes la de ser hábiles administradores, ejercieron el mando de un modo casi exclusivamente personal, y sus secretarios, confidentes o privados nunca tuvieron iniciativa ni autoridad verdaderas. Además, estos consejeros eran habilísimos políticos como Granvela o Antonio Pérez, grandes capitanes como el duque de Alba, o simplemente astutos cortesanos como Chevrés o el príncipe de Eboli; pero ninguno fué ni siquiera un mediano hacendista. Y si esto ocurrió con los grandes Habsburgos, nada hay que decir de Felipe III y los duques de Lerma y Uceda con su cohorte de sub-privados, ni de Felipe IV y los Condes de Olivares y Haro, ni de Mariana de Austria y el desdichado Carlos II con la turba de válidos que se llamaron Nithard, Valenzuela, D. Juan de Austria, Medinaceli, Oropesa y Montalto.

Es cierto que asombra el número de costosas empresas que acometió España durante los siglos XVI y XVII, y es cierto también que la capacidad contributiva de la nación era entonces mucho menor que hoy; pero también ha de tenerse en cuenta que las guerras y—en general las cargas del Estado eran mucho menos dispendiosas que en la actualidad. Con lo que ahora cuesta cualquiera de los departamentos ministeriales, había para cubrir un año entero los gastos de Carlos V; con lo que hoy se emplea en un mediano acorazado, se podía construir entonces una escuadra. Además, el Estado contaba entonces con el dinero de América, que fué una renta importante, sobre todo a partir de Felipe IV; y en cuanto a la contribución de sangre, Italia, el Franco-Condado, Ale-

punto de vista financiero, la de Mazarino, acerca de cuyo carácter y fortuna pueden leerse curiosas noticias en las notables *Memorias de Choisy*.

(1) El antes citado abate Choisy se esfuerza por empequeñecer la figura de Colbert, reduciéndola a la de un tesorero honrado, y negando eficacia a las medidas protectoras que adoptó en favor de la industria y del comercio franceses: pero, aunque esta opinión, por ser la de un contemporáneo, parece respetable, está contradicha por la opinión general y por los mismos hechos, y hay que atribuirla a antipatía personal o a discrepancia de ideas económicas, si es que Choisy era bastante ilustrado en estas materias para tener opiniones propias, cosa bastante dudosa.

mania y los mismos Países-Bajos nutrieron en gran parte nuestros ejércitos.

Y tampoco podía decirse que las arcas del Tesoro se vaciaban para que los soldados estuviesen siempre perfectamente equipados y pagados; pues ya sabemos el poco cuidado que—en cuanto al equipo—se tomaba el Estado antes de que Louvois fundase los verdaderos ejércitos regulares; y en cuanto a la paga—necesaria siempre, y más para bandas de mercenarios—responde por nosotros al punto, además de la opinión general de los contemporáneos, vivamente expresada por Cervantes, la interminable serie de sublevaciones y motines por falta de sueldos que enturbiaron y —en ocasiones—inutilizaron las glorias de nuestro ejército. Recuérdense, (entre otros mil casos) los actos de indisciplina de las tropas de Sancho de Avila, que tan tristes resultados produjeron en la guerra de los Países-Bajos; recuérdense las quejas del duque de Alba, y el terrible rigor que tuvo que emplear en la campaña de Portugal: recuérdese la bochornosa situación en que quedó Felipe III, cuando los comerciantes de Cádiz pusieron por condición a Espínola que garantizase con su propia hacienda el préstamo que le hacían para sostener su ejército de Flandes.

Y así, cubriendo tan mal las mayores necesidades, y desatendiendo casi por completo las demás, sin que tampoco, fuera del Escorial y de algunas construcciones de Carlos V se señalaran los monarcas austriacos por grandes obras arquitectónicas, que explicasen aunque no la justificasen—la penuria del Tesoro, viviendo la corte en tiempo de Felipe II (1) y de Carlos II con más que relativa modestia, y en los demás reinados con *angustiosa suntuosidad* (si se me permite la frase), de esta manera, no pagando a nadie y estando agobiados los pueblos de tributos, y recibiendo cuantiosas riquezas de América, Felipe II, el soberano que ha poseído dominios más extensos y más ricos en todo el mundo, tuvo que confesar por dos veces su insolvencia; Felipe III pasó por la increíble humillación de las cuestaciones públicas que ideó el duque de Lerma, y Carlos II, con 20.000 hombres de ejército por toda guarnición para sus inmensos Estados, con una irrisoria escuadra que dió lugar a la formación de burlescos proverbios, teniendo que permitir que Luis XIV tomase y dejase a voluntad el Franco-Condado y las plazas

(1) Como dato curioso para poder apreciar esta modestia, véase lo que dice el Mayordomo del Emperador, Luis Quijada, acerca de los paños que se compraron para vestir la iglesia de San Jerónimo de Yuste, cuando se celebraron las exequias imperiales: «ochenta o noventa varas de paño, que costó a seis reales y medio o a siete, *harto ruin*». (Carta de Quijada a Juan Vázquez, publicada por Gachard en su obra *Retraite et mort de Charles Quint*, t. I pág. 432.

de Flandes, si no las guarnecían tropas aliadas, después de vender todos los empleos posibles y hacer dinero de todo, exclamaba angustiado, con la profunda pena que le inspiraba su sincero interés por su pobre España: —¡Jamás he visto más deudas y menos dinero para pagarlas!

Al llegar a este reinado, todos los detractores de la política austriaca y panegiristas de la borbónica recargan las de por sí negras sombras de la España del Hechizado, para que, por el contraste, alumbre con más esplendidez la aurora de la nueva dinastía. Hablan de la regeneración de nuestra patria por la salvadora política de Felipe V, por sus nuevas ideas, por la *nueva savia* que dicen infundió el nieto del Rey Sol, en España. Y habiendo culpado a los Austrias de excesivo ardor bélico, parece que, al elogiar a Felipe de Anjou, ha de ser porque éste siguiera una política contraria, prudente y pacífica, para que la nación concentrase y reparase sus fuerzas; y no hay nada más inexacto.

Felipe V, en medio de la apatía que le dominó desde sus primeros años, y en los últimos se convirtió en casi completa demencia, heredó las ideas de ambición y de conquista de su abuelo Luis XIV, si bien reducidas—como es natural—a la modesta esfera que permitía la condición de nuestra decadente patria, sobre todo después de las desmembraciones de Utrecht y de Rastadt; y unido el de Anjou, en su segundo matrimonio, con la ambiciosa y dominante Isabel de Farnesio, y rodeado de ministros atrevidos, como Alberoni y Riperdá, todos estos pusieron la voluntad que al soberano faltaba, y fácilmente lo empujaron a aventuras más locas que se reprochan a Olivares y a Lerma; y precisamente cuando España necesitaba más que nunca descanso, porque, sobre el desfallecimiento de tiempo de Carlos II, acababa de padecer la desastrosa guerra de Sucesión, que había llevado los horrores y los destrozos de la lucha hasta a regiones de la Península que habían vivido siempre tranquilas bajo los Austrias. En estas guerras, más costosas que las anteriores porque, desde Louvois, había que jugar con grandes y bien pertrechados ejércitos, no siempre fuimos victoriosos, y las victorias—cuando las hubo—fuera de la anexión de Orán, no aprovecharon a la nación española como las conquistas de Fernando el Católico y de Carlos V, sino que Isabel de Farnesio, con la sangre y el dinero de España, y alegando sus títulos de reivindicación, conquistó tronos para sus hijos. Los grandes intereses nacionales que movieron las guerras de los Habsburgos, o no existían en estas otras, o si los había se les daba de lado, y únicamente se los admitía como pretexto o pantalla de fines egoístas.

Y a la vez que sostenía esta belicosa y agresiva política que parece debiera haber agotado las últimas fuerzas de la exangüe y mutilada

herencia de Carlos II, realizaba Felipe V—mientras se defendía trabajosamente de la Cuádruple Alianza —el costosísimo capricho de crear en los montes de Balsain una imagen de Versalles, que le curase su nostalgia por la corte francesa; y años después, mientras las tropas españolas conquistaban en Italia tronos para los hijos de Isabel de Farnesio, empezaba Sachetti la construcción del palacio real de Madrid, que aún hoy goza fama de ser uno de los más suntuosos y artísticos de Europa. Esto sin contar otras muchas obras de menos importancia, hechas en el Retiro y demás sitios reales. Sabido esto, da risa la candidez o el servilismo con que un historiador contemporáneo (1) encomia la edificación moral que causaba a las gentes ver vestido «con un honesto paño color de canela» al Rey Católico que se gastaba dos millones en una sola fuente de la Granja para aliviar algunos instantes su hipocondría.

Y sin embargo, es indudable que, a pesar de tan abrumadores gastos, infinitamente mayores que los del reinado anterior, la situación económica de España era mejor al morir Felipe V, y había lo que antes no existía, una escuadra y un ejército respetables, aunque ya no se disponía, como en otro tiempo, de las galeras de Doria, ni de los tercios de Italia, ni de la caballería del Franco-Condado. Tampoco se oyen en el siglo XVIII aquellas vergonzosas confesiones de penuria que se escaparon más de una vez a Felipe II, ni la nación se quejó de aquella consunción de que tan frecuentemente hablaban las Cortes en los dos siglos precedentes (2). En cuanto a esto último, es verdad que el riguroso absolutismo de los Borbones, que prescindió por completo de la representación nacional, fuera de las ceremonias de jura, privó a España de aquel medio de expresión; pero no fué tanto el silencio forzoso como el sentimiento de una mejora real, lo que aplacó aquellos lamentos.

¿Cómo explicar este progreso económico, siendo así que la política exterior de España no había variado en lo esencial, sino tan sólo en que, en vez de pelear con Francia, se luchaba entonces con Austria y con Inglaterra? La única explicación está en la diferencia que había entre Felipe II o Felipe III que, dominando en países ricos e industriosos, no saben fomentar sus intereses y sólo idean medidas hacendísticas como las de la Real Carta antes transcrita, y un Felipe V o un Carlos III que conocen y aplican la máxima de Tiberio: *un buen pastor esquila sus ovejas; pero no las desuella.*

La inhabilidad administrativa de los Austrias comprende tres grandes defectos: el 1.º es la carencia absoluta de un plan hacendístico ordenado

(1) Belando. *Historia civil.*

(2) Pueden consultarse —entre otras muchas— como muy interesantes, las Actas de las Cortes de 1607, publicadas por el Congreso.

y racional; el 2.º la ignorancia de que el mejor medio para que crezcan las rentas de un Estado no es aumentar los tributos, sino hacer que aumente la riqueza imponible; y el 3.º es la inmoralidad de todo el organismo administrativo, inmoralidad favorecida, no sólo por la tolerancia, sino también por el defecto señalado en primer lugar, por el desorden que reinaba en todas las operaciones de la Hacienda.

Del segundo defecto, no se puede culpar mucho a los Austrias del siglo XVI, porque aun cuando algunos de estos principios son de luz natural, es lo cierto que, en aquel tiempo estaba en mantillas la economía política que inspiró a los grandes hacendistas franceses del siglo XVII, y los Valois no supieron proceder mejor que nuestros monarcas; pero los ministros de Felipe III, Felipe IV y Carlos II pudieron y debieron aprender algo de Sully, y de Colbert. Fué preciso que se nos impusiese un príncipe francés, para que aceptáramos sus teorías económicas al mismo tiempo que otras cosas menos beneficiosas. Mientras tanto, España fué declinando, a pesar de los tesoros americanos, porque—como dijo Montesquieu (1) no sabía que el oro y la plata sólo son una riqueza «de ficción o de signo», que cuanto más abunda menos vale, y que la verdadera riqueza nace del trabajo y el orden.

Angel Sanchez.

(1) *L'esprit des lois.*- L. XXI, C. XXII.